

La experiencia del viaje en la vida y en la carrera profesional de Silvina Bullrich

Travel experience in the life and professional career of Silvina Bullrich

María Florencia Buret
Universidad Nacional de La Plata, CONICET
florencia.buret@gmail.com

Resumen

Las crónicas periodísticas de la escritora argentina Silvina Bullrich (1915-1990), recogidas en su libro *El mundo que yo vi* (1976), versan sobre los viajes que la autora realizó a distintas ciudades del mundo, por más de 25 años. El objetivo del presente artículo es, por un lado, señalar la importancia que esta experiencia viajera tuvo en su vida –para lo cual remitiremos a su libro autobiográfico, *Mis memorias* (1980)– y, por el otro, analizar de qué modo los viajes colaboraron en su conformación como escritora “profesional”. Respecto a este último punto, indicaremos cómo y cuándo la autora advirtió la importancia de la función social de los intelectuales. Seguidamente, veremos también la manera en que estos viajes resultaron educativos gracias a que le permitieron problematizar su propia práctica como periodista e intelectual, conocer algunas de sus propias limitaciones y fundamentar sus opiniones.

Palabras clave: crónicas periodísticas; escritora profesional; autobiografía; imagen pública.

Abstract

*The journalistic chronicles of Argentine writer Silvina Bullrich (1915-1990) –gathered in her book *El mundo que yo vi* (1976)– talk about her travel around different cities of the world for over 25 years. In this paper, the objective is to state how important were travels in her life –for which we review briefly her autobiography *Mis memorias* (1980)– and then to analyze how those trips helped herself to become a professional writer. In this sense, we will indicate how and when she noted the importance of the social role of the intellectuals. Then we will show how these travels*

were a learning experience for Bullrich, helping her problematize her own practice as a journalist and intellectual, allowing her to become aware of her own limitations and to better support her opinions.

Key words: *journalistic chronicles; professional writer; autobiography; public image.*

Introducción

La escritora argentina Silvina Bullrich (1915-1990) fue autora de numerosos *bestsellers*, algunos de los cuales fueron llevados a la pantalla grande, tales como *Bodas de Cristal* (1951) y *Los pasajeros del jardín* (1971).¹ Algunas de sus crónicas periodísticas –publicadas en *La Nación*, entre 1949 y 1976, y recogidas en su libro *El mundo que yo vi* (1976)– retoman los viajes que la escritora realizó alrededor del mundo por más de 25 años. En este trabajo abordaremos estos artículos con el propósito de analizar cómo la experiencia del viaje va cumpliendo diferentes funciones vinculadas a la gradual conformación de Bullrich como “periodista” e “intelectual”, términos con los cuales la autora se autoconcibe.

Antes de pasar a la mención y análisis de las funciones identificadas en una selección de crónicas correspondientes –en su mayoría– a la década de los cincuenta, realizaremos una presentación de la autora con el propósito de observar qué importancia tuvo el viaje en su vida. Con este fin, recurriremos a su testimonio dejado en *Mis memorias* (1980), autobiografía en la cual se presenta implícitamente y, en forma paradójica si tenemos en cuenta su procedencia social, con el esquema norteamericano de “la mujer que se hace a sí misma”. En esta instancia, deconstruiremos también algunos aspectos de la “retórica de la memoria” (Giordano, 2006, p. 44) desplegada por Bullrich en este volumen autobiográfico (Lejeune, 1991).

En un segundo momento, analizaremos las distintas funciones que la observancia espacial tuvo en la conformación profesional de la escritora. Así, indicaremos cómo y cuándo, estando en el extranjero, Bullrich toma conciencia de la función social de los intelectuales. Seguidamente, se atenderá el modo en que estos desplazamientos condujeron a la autora a problematizar su práctica

¹ *Bodas de cristal*, estrenada en 1975 bajo la dirección de Rodolfo Costamagna y con guion de Silvina Bullrich, fue protagonizada por Alberto Closas, Susana Campos, Soledad Silveira y María Vaner. Por su parte, *Los pasajeros del jardín* fue estrenada en 1982, dirigida por el argentino Alejandro Doria y actuada por Graciela Borges, Rodolfo Ranni, Olga Zubarry y Luísa Vehil. El guión fue escrito en coautoría por Alejandro Doria y Juan Carlos Cernadas Lamadrid, sobre la base de la novela homónima de Bullrich.

periodística y a concientizarse de algunas de sus limitaciones. Y, para finalizar, también señalaremos de qué modo los viajes realizados a lo largo de su vida son utilizados, en los artículos periodísticos, como una fuente de experiencia con la que la autora busca autorizar y fundamentar su mirada y sus opiniones.

Memorias de una *self-made woman*

*Quiero dejar de mí misma una imagen verdadera
ya que ha sido tan a menudo deformada*

BULLRICH, 1980, p. 76

A los 65 años, Silvina Bullrich (1980) recuerda en su autobiografía una anécdota que nos resulta muy significativa por las implicancias que de ella se desprenden. Según lo expuesto en *Mis memorias*, estando reunida con algunas mujeres extranjeras más jóvenes que ella, Silvina se entera de la muerte de “una famosa escritora” argentina. Frente a la noticia, sus amigas reaccionan con un comentario desafortunado: “¿Pero esa señora no hizo más que servir tazas?” (p. 106). La injusta acotación despierta en la periodista uno de sus fantasmas más temidos: si frente al deceso de Victoria Ocampo, sus amigas arrojan imágenes mediocres de la fundadora de la revista más importante de América Latina (Bullrich en Diz, 2019a, pp. 104-5),² qué caricatura terrible se haría de ella, una escritora de clase alta, autora de numerosos *bestsellers*. Si bien era cierto que había alcanzado “el éxito y la popularidad” (p. 330), nunca había recibido el reconocimiento de sus pares. Considerada como exponente “de la

² En la obra de Bullrich, la fundadora de *Sur* aparece como su referente en la escritura autobiográfica femenina y lo menciona en 1980 en la revista *Somos*: “Después de Victoria Ocampo, soy la primera escritora argentina que publica sus memorias” (citado por Mucci, 2015, p. 92). Por otra parte, Ocampo fue una figura fundamental en la instalación de temas polémicos vinculados al pensamiento feminista extranjero. Tania Diz (2019b) señala que, al publicar *La Mujer* en 1970, Victoria Ocampo había logrado que las mujeres reflexionaran sobre su propia experiencia y también sobre otros tópicos más ríspidos, por ejemplo, la cuestión del divorcio, el tema de la discriminación sexual en los ámbitos laborales, la necesidad de un cambio social, entre muchos otros. Dichos temas, indudablemente, eran interesantes para Silvina Bullrich, una de las mujeres entrevistadas en *La Mujer*. Estos temas polémicos que aún no se habían activado en la Argentina debido a que el contexto represivo, tanto político como militar, era poco propicio para ello, sin embargo, habrían sido instalados por Victoria Ocampo gracias al “velo protector” que suponía la tradición de la revista *Sur* y la imagen de su fundadora como una mujer conservadora y defensora de los intereses de su clase. Tania Diz señala, además, que esta “instalación” de los temas de la agenda feminista se habría logrado gracias a la “apertura al disenso” que Victoria permitió en el volumen.

peor literatura” (Diz, 2018, p. 84), Silvina había sido “defenestrada y burlada por las revistas de izquierda” e “ignorada por el grupo *Sur*” (Diz, 2019b, 281).³

Debido a la clara conciencia que Bullrich tenía respecto de las particularidades de su obra –novelas comerciales y, en su mayoría, de baja calidad–⁴ el hecho de pensar en la imagen que quedaría de ella era, irremediamente, un momento de aflicción:

Yo no quiero que cuando me muera las jóvenes pregunten si no hice más que servir tazas de té, o en mi caso dirían:

» – ¿No hizo más que discutir cuánto *le* pagarían por un artículo? ¿No hizo más que vivir en París y viajar invitada? (Bullrich, 1980, p. 106. La cursiva es nuestra)

La anécdota rememorada es interesante pues revela la causa profunda que movilizó a Bullrich a escribir y a publicar sus memorias. En varias oportunidades, la autora aclaró que, por haber sobrevivido a sus padres y al fallecimiento de sus dos hermanas en la juventud, se sentía destinada a dejar testimonio “de una época y una lucha” (Bullrich, 1980, p. 231).⁵ Además de estos motivos explícitos, el

³ Es interesante señalar que Bullrich frecuentaba a algunas figuras vinculadas con el grupo *Sur*. En *Mis memorias* (1980), Silvina recuerda: “Me refiero al matrimonio formado por Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares. Tenían un dúplex repleto de libros en la calle Ecuador. Borges comía allí todas las noches, Pepe Bianco casi todas y yo muy a menudo. Éramos fervorosos, inteligentes, lúcidos, vivíamos para las letras, para el placer siempre nuevo de leer y discutir literatura” (p. 143). Aquí es interesante ver cómo, discursivamente, Bullrich utiliza la 1ª persona del plural para señalar que formaba parte de esa elite cultural. Además, otro dato interesante es que se presenta como la que auxilió a Borges cuando “perdió su puesto de bibliotecario yo hablé con Carlos Frías, de Emecé, que le inventó para él una colección de cuentos policiales que dirigieron juntos Borges y Bioy Casares” (p. 144).

⁴ En sus memorias, Silvina reconoce: “tuve menos talento del que esperaba o me dejé tentar por los éxitos fáciles y los lectores incondicionales, no demasiado exigentes. Pero hice una obra y dentro de mi vasta producción hay al menos media docena de libros que rescatan mi vida y justifican mi vocación” (Bullrich, 1980, p. 83).

⁵ Silvina Bullrich (1980) escribe: “me pregunto para qué Dios me mantuvo viva. Y me contesto: para rendir testimonio de una época, de una familia. Para demostrarles a las mujeres argentinas que pese a la adversidad, a las dificultades, a la carencia de títulos habilitantes, de bachillerato, de apoyos oficiales o familia se puede llegar a ser alguien si se tiene voluntad y perseverancia. Si se sabe atravesar veinte o treinta años de dificultades sin sucumbir a ellas” (p. 176). Anteriormente, en el mismo libro, había sostenido palabras similares: “y llegué a los sesenta y cuatro años. ¿Por qué? Acaso para prestar testimonio de ese pasado, de una época, de lo que era una familia de hace cincuenta años, de lo que era el amor entre sus miembros; acaso para que muchas mujeres que se me acercan por la calle soñando con triunfar algún día vean que en una escala reducida y local una mujer argentina puede llegar a ser alguien si se lo propone” (p. 74).

análisis de sus memorias y, en particular, el de la anécdota citada nos permiten deducir el propósito subyacente de restaurar su imagen pública y deconstruir la “retórica de la memoria” (Giordano, 2006, p. 44) desplegada por la autora en su autobiografía. Alberto Giordano (2006) define esta retórica particular de la siguiente manera:

[El conjunto de] estrategias discursivas a través de las cuales la narración pretende construir la vida de un sujeto como una historia con un sentido y un valor inequívocos [...] para volverlo presentable según los parámetros de visibilidad social establecidos dentro del campo cultural en el que escribe. (p. 44)

Tomando como base estas ideas, se puede decir que la retórica de la memoria utilizada por Bullrich busca, por un lado, desmentir ciertas afirmaciones que desvirtuaron su trayectoria profesional y, por el otro, forjar un perfil de sí misma en el que la escritura se presenta como una vocación y un destino. Asimismo, la periodista pretende que sus logros en la esfera pública sean vistos como productos de sus esfuerzos y sacrificios personales. De este modo, Silvina consigue erigirse en su libro *Mis memorias* como una “self-made woman” y, en cierto sentido, se podría pensar que lo fue en la medida en que logró convertirse en una “escritora profesional”. Según su editora Gloria Rodríguez, esta autora argentina fue una de las pocas mujeres “que logró mantenerse con lo ganado por derechos de autor y colaboraciones periodísticas” (citado por Mucci, 2015, p. 95). En este sentido, Silvina habría cumplido con su “destino” gracias a su perseverancia y a su trabajo “de hormiga”, tal como ella calificaba su tarea, sorteando los obstáculos que, desde el seno de su propia familia, se le habían presentado únicamente por haber nacido mujer.

Retórica de la memoria: estrategias para la restauración de la imagen pública

Entre las afirmaciones que Silvina busca desmentir en su autobiografía se encuentra, en primer lugar, aquella que asocia su éxito profesional con su procedencia social, es decir, con el hecho de ser una “Bullrich”:

Mucha gente se empeñó en decir que yo había triunfado gracias a mi apellido. El país está lleno de personas con grandes apellidos que no han logrado abrirse camino en el arte ni en la literatura; el país y el mundo, en rigor de verdad. Mi apellido no me daba con qué comer. Tampoco me hacía heredera de un diario, de una revista, de una radio

ni de un canal de televisión, ni de una casa editora. Luché sola, llegué sola, caeré sola cuando el público que durante tantos años dijo “Sí” diga “No”. (Bullrich, 1980, p. 178)

Si bien la autora aclara que los primeros versos publicados en la revista *Atlántida* fueron enviados sin el conocimiento de sus padres (Bullrich, 1980, p. 83), en este aspecto cabe matizar su imagen de *self-made woman* recordando que su primer ingreso en la esfera pública como escritora se debió al hecho de ser la hija de Rafael Bullrich, en aquel entonces, un prestigioso cardiólogo, profesor y decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. Silvina recuerda estos primeros pasos del siguiente modo: “escribía artículos que papá firmaba para la Revista ‘France Amérique Latine’ recuerdo uno sobre *La influencia del romanticismo francés en el Río de la Plata*. Yo ya tenía dieciocho años” (Bullrich, 1980, pp. 96-97). Igualmente, en sus comienzos periodísticos sigue sobrevolando la sombra de su procedencia social, ya que en sus memorias agradece la facilidad con que entró “a publicaciones donde otros no pueden penetrar jamás” (p. 83). La estrategia de no especificar pormenores de este privilegio se vincula justamente a su voluntad de presentarse como una escritora independiente y autosuficiente. En segundo lugar, Silvina quiere desactivar los aspectos adversos de aquellas hipotéticas frases que podrían ser pronunciadas por las nuevas generaciones frente a su deceso. Pretende demostrar que sus reclamos de dinero no estuvieron desmotivados y, a su vez, explicar cómo fue su relación con Francia y por qué sus viajes alrededor del mundo significaron mucho más que lo imaginado.

Para desactivar el primer rasgo, aquel que la vincula negativamente al dinero, forja dos perfiles. En el primero, de cara al ámbito privado, se presenta como una mujer divorciada que debió necesariamente trabajar para subsistir puesto que, a diferencia de sus hermanas, Silvina “estaba casada con un chico sin fortuna y totalmente incapaz de adaptarse a empleos mediocres con horarios rígidos” (Bullrich, 1980, p. 139). Efectivamente, luego de diez años de matrimonio, Silvina pidió el divorcio y, al respecto, escribió dos frases que continuaron abonando su perfil del *self-made woman*: “no le reclamé ninguna pensión ni para mí ni para mi hijo” (p. 185) y “Nunca dejé que mi hijo careciera de nada” (p. 139). En armonía con esta necesidad privada, para el ámbito público, delinea su perfil como profesional. Se presenta como una escritora adelantada a su época y que, por haber abierto camino, pagó el precio de la incompreensión de sus pares. Sobre lo anterior, la escritora argentina Silvina Bullrich (1980) sostuvo:

Hasta hace muy pocos años me criticaban porque yo exigía que un artículo fuera bien pago, y la mayoría de los editores, si eran personas de edad, se negaban a dar un adelanto. Les parecía que desvirtuaba la condición del escritor, que según ellos debía ser desinteresado. (1980, p. 117)

En el mismo sentido, agrega más tarde:

Tengo una profesión y tengo el derecho y el deber de vivir de ella como un médico, un abogado, un obrero, un empleado. [...] Creo haber hecho por los escritores argentinos en ese terreno más de lo que ha hecho nadie. Me han injuriado, me han criticado, han dicho que era interesada y me he echado a reír. Tengo una vocación, me gusta mi trabajo, pero me considero con derecho a vivir de él; a vivir muy bien si tengo éxito, a vivir mal si no lo tengo. Mi trabajo hace ganar a los editores, a los diarios y a las revistas; con más razón tiene que hacerme ganar a mí. Soy desinteresada en la amistad y en el amor; por lo tanto debo hacerme pagar mi trabajo. (pp. 222-223)

En síntesis, Silvina subraya que sus reclamos económicos no son inmotivados, ya que debía sobrevivir sola y mantener a su hijo y también, aunque no se lo reconocieran, ella estaba convencida de haber ayudado a consolidar la idea del escritor como profesional en la Argentina y merecía cobrar por lo escrito. En relación con esta “lucha”, Tania Diz señala que en la entrevista a Victoria Ocampo realizada para *La Mujer* (1970), Silvina Bullrich pronunció “la frase más revolucionaria del volumen”, a saber, el “llamado a la colectivización de las escritoras” (2019b, p. 282). Diz constata lo anterior cuando dice:

Bullrich efectivamente excluida de los círculos intelectuales y, en cambio, con cierta presencia en los medios gráficos, produciendo novelas que eran un éxito en el mercado editorial; fusiona ideas impensadas en ese momento: que las escritoras se unan para reflexionar sobre su *oficio* y defender sus intereses. (2019a, p. 105. Las cursivas son nuestras)

Al respecto, se podría pensar que Bullrich, tácitamente, remite a la reveladora concepción foucaultiana de poder, según la cual las víctimas participan del proceso de dominación. Gabriela Castellanos (2006) vincula esta perspectiva con el concepto de “patriarcado”, reflexionando que, si dicho término se mantiene, es necesario que se lo repiense como una jerarquía en la que, si bien hay una pri-

macía del varón, también se identifica necesariamente la complicidad de muchas mujeres.⁶ Tomando como base las ideas consideradas, estamos en condiciones de pensar que, de algún modo, cuando Bullrich hace un llamado a la colectivización de las escritoras, lo que está pidiendo es romper con esa complicidad que desfavorece a la aceptación social de la escritora profesional, aquella que vive con el dinero de la venta de sus escritos.

En cuanto a los otros dos rasgos señalados, a saber, su vinculación a Francia y su condición de viajera, Bullrich los contextualiza y, con el propósito de que el público los evalúe en su justa medida, establece una relación con el tópico de la deficiencia educacional recibida, debido a su condición de mujer y a su procedencia social. Su padre, descendiente de alemanes, había vivido en Francia hasta los dieciocho años y, por esta razón, educó a sus hijas en la cultura francesa: “nuestras lecturas eran francesas [...] nuestra patria espiritual era Francia” (Bullrich, 1980, pp. 43-44). Estos estudios para Silvina fueron un “error” en su educación y en la de “muchos porteños de la clase alta”, ya que, al creer que su “tierra era Francia” (p. 268), se sentían como “desarraigados”. Sin embargo, dichas enseñanzas son igualmente valorados por la escritora debido a que constituyeron la única formación sólida que recibió en su vida, formación que le permitiría officiar como profesora y, a su vez, como traductora de personalidades destacadas, tal es el caso de Simone de Beauvoir y de Françoise Parturier, dos referentes del feminismo:

en aquel entonces, de las hijas mujeres se ocupaba la madre y cuando papá supo que yo era estudiosa y volcada hacia la vida intelectual ya era demasiado tarde para reparar el daño inconcebible de no haberme hecho seguir ni siquiera el bachillerato. Ya volveré sobre esto dado que todos los errores de las mujeres de mi generación provienen de haber sido consideradas sencillamente niñas casaderas. (Bullrich, 1980, p. 25)

Si a su madre le cuestiona el no querer “hijas emancipadas” y retenerlas “en el hogar con una educación deficiente” (p. 96), a su padre le reprocha no haber apoyado ni incentivado su vocación: “Papá me hizo mucho daño con su escepticismo

⁶ Es necesario señalar que en *Política sexual* (1995), la feminista radical de la llamada segunda ola, Kate Millett, considera que en el patriarcado las mujeres se encuentran bajo el control de la otra mitad, la de los hombres, porque los dos principios sobre los se apoya el patriarcado son que el “macho” domine a la “hembra” y que el “macho” de más edad domine al más joven. Tomando en consideración esta concepción del patriarcado, Castellanos plantea una “revaluación” del término cuando lo pone en relación con el concepto de poder de Foucault.

[...] yo ansiaba su fe en mí, su apoyo moral [...] espero que ningún padre detenga jamás el ímpetu de una hija por el solo hecho de ser mujer” (p. 152).

En este contexto, los viajes son resignificados por Silvina ya que le permitieron suplir la falta de una educación formal sólida: “Sé que viajar es una base cultural indispensable para todos [...]. De no haber viajado tanto como viajé, mi horizonte sería más limitado” (p. 119). Por otra parte, después de haber vivido una conjunción de malos momentos en la segunda mitad de la década de los cuarenta —la muerte de su padre, el fallecimiento de su hermana mayor, su divorcio en un momento en que muy pocas mujeres se atrevían a separarse y, por último, el haber contraído una grave enfermedad: la tuberculosis—, Silvina concibe los viajes como vía de escape de una realidad agobiante: “Todo viaje tiene algo de huida” (Bullrich, 1976, p. 7), escribe en su crónica de 1949 “Los fantasmas de Williamsburg”, la primera que da inicio a la edición de 1976 de su libro *El mundo que yo vi*.

En sus memorias las referencias a sus viajes son muy frecuentes ya que, como aclara, “no sería quien soy de no haber visto tanto mundo” (Bullrich, 1980, p. 389), es decir, son parte constitutiva de su persona. Empero, Silvina a veces decide no explayarse demasiado sobre sus trayectos, como táctica para promocionar su libro: “Todo esto lo resumo pues lo he contado en mis artículos en “La Nación” luego recopilados en un volumen titulado *El mundo que yo vi*” (p. 348). En el epílogo de las memorias vuelve a insistir con este recordatorio “comercial”, el cual es coherente con su crítica a la política editorial que deja “caer los libros publicados en años anteriores para ocuparse sólo de los recién aparecidos” (p. 388).

Los viajes y sus aportes

En 1969 Silvina publica, por la casa editora Merlín, *El mundo que yo vi*, libro en el que recopila 32 crónicas de viaje publicadas en *La Nación* desde 1951. El volumen es aumentado y reeditado en dos oportunidades: una, en 1970 y la otra, en 1976. Su último tiraje fue realizado por la editorial Emecé y reúne un total de 36 artículos presentados en orden cronológico, abarcando un total de 27 años de crónicas de viaje, desde 1949 hasta 1976. En cuanto a su contenido cabe señalar que, además de las cuatro notas dedicadas a la Argentina, un artículo relativo a la Cruz Roja Internacional y otro genérico sobre islas visitadas, los países observados son Estados Unidos, Francia, Israel, Alemania, la Unión Soviética, Japón, Bélgica, Mónaco, Grecia, India y Egipto.

De estas notas nos interesa destacar, particularmente, el modo en que el viaje resulta ser para Bullrich una experiencia provechosa en lo que respecta

específicamente a su conformación como periodista. En este sentido, observamos que los diferentes desplazamientos espaciales le permiten a la escritora, inicialmente, problematizar su propia práctica periodística y concientizarse de sus propias limitaciones. A propósito de los dilemas que se le presentan a la autora al momento de escribir crónicas de viaje, como lo son el grado de subjetividad al narrar y la posición a tomar respecto al pasado, los resuelve de algún modo cuando descubre en su paso por Alemania cuál es la función social del intelectual. A lo largo de los diferentes artículos en los que se van llevando a cabo estos procesos de aprendizaje profesional, el lector paralelamente entra en contacto con el posicionamiento ideológico de la autora respecto a la configuración política del planeta luego de la Segunda Guerra Mundial. También se observa cómo la experiencia del viaje es utilizada por Bullrich como un aval de lo escrito.

La primera problematización de la práctica periodística que Silvina verbaliza en sus artículos tiene lugar en la segunda crónica publicada en 1951, ésta se titula “En el castillo de los caballeros de la taza de vino” y donde relata su participación en una fiesta de la vendimia realizada en la región francesa de Borgoña. Aquí encontramos un párrafo en el cual, muy al pasar, cuenta cómo se desenvuelve una periodista norteamericana que, como ella, también participaba del evento. El proceder de Bullrich (1976) frente a su colega es observarla, efectuar una comparación implícita e identificar sus propias carencias como profesional: “nunca he sido una escritora descriptiva” (p. 15), se lamenta. Inmediatamente después de realizar esta comparación que no la deja bien parada, decide ridiculizar la tendencia de la norteamericana a registrarlo todo:

yo la miraba con envidia y sorpresa; se lanzaba con el mismo ímpetu sobre el papel cada vez que pasaban los cocineros empujando carretillas de jamones humeantes y de pollos dorados como cuando sonaban las trompetas y los cuernos de caza. No llegaré a comprender cómo se puede tomar nota del sonido de un cuerno de caza. (p. 15)

Debido a que años después, en *Mis memorias*, la autora señala que había crecido con un fuerte complejo de inferioridad, esta ridiculización bien podría reinterpretarse como un modo de desdramatizar su breve confesión. En este artículo sobre la fiesta francesa del vino, publicado en *La Nación* en 1951, la escritora argentina estaría problematizando implícitamente, a través de la comparación comentada y del *mea culpa* confesado, la manera en que se debe escribir una crónica de viaje.

Es otras palabras, Bullrich de algún modo se pregunta si es necesario describir en detalle y objetivamente cada elemento percibido, o bien, ofrecerle al lector una apreciación más subjetiva y personal.

Un planteo similar al anterior se le presenta cuando, años después, conoce el kibutz Degania, un establecimiento comunitario agrícola fundado por judíos de origen ruso en el primer decenio del siglo XX, que, junto con otros kibutzim, fue esencial para la fundación del Estado de Israel. Si bien, Bullrich (1976) enriquece su habilidad descriptiva, la problemática que en esta crónica se presenta es cómo describir lo visto, cuando la realidad que descubre es diametralmente contraria a su estilo de vida burgués:

Mi impresión subjetiva es desfavorable; mi impresión objetiva es favorable; para juzgar al kibutz imparcialmente debo salir de mi propio pellejo y pensar que hay una enormidad de seres que tienen miedo a la vida; creo que, por lo general, son ellos los que forman comunidades.

» Más individualistas somos, menos protegidos estamos; por eso para estar solo hay que ser muy fuerte. (p. 25)

Si bien en este artículo titulado “Un kibutz” publicado en *La Nación* en mayo de 1958, Bullrich (1976) consigue describir a grandes rasgos este particular sistema de vida, no puede ni quiere neutralizar su mirada crítica:

El kibutz gasta en educación más que en cualquier otro renglón y el niño sale sabiendo idiomas, guiado en su vocación, preparado para la vida, aunque ignorante de algunas realidades en las que creemos los demás humanos. El niño del kibutz no ha oído nunca hablar de dinero [...] todo llega a él como por arte de magia [...] crece sin saber nada de ese tirano de la humanidad. [...] El kibutz podría ser casi el ideal del ser humano si el ser humano no hubiera nacido para la lucha y para la libertad. (pp. 26-27)

A comienzos de la década de los sesenta, cuando visita la Unión Soviética y se le presenta una situación similar a la observada en “Un kibutz”, Bullrich recurre, en esta oportunidad, a su experiencia viajera para garantizar la objetividad de la descripción, es decir que la aspiración a describir objetivamente lo que miran sus ojos es alcanzada. Según la autora (1976), este logro se debe a su condición de escritora viajera y de este modo resuelve el tema de la subjetividad:

Una larga experiencia de viajes unida al deseo común de todo escritor de transmitirla a los lectores, me ha enseñado a mirar objetivamente los países que recorro, a evitar que mi presencia cobre más realidad que la de sus habitantes y a no inmiscuirme en su vida política. (p. 119)

En ese artículo, titulado “La vida cotidiana del pueblo en la Unión Soviética hoy” y publicado en *La Nación* en marzo de 1961, se describe con detalle la opresión diaria que vive el ciudadano soviético, pero el lector claramente advierte que Silvina en ningún momento logra salirse de su “pellejo”. La escritora menciona distintas escenas de la vida cotidiana, se refiere, por ejemplo, a las largas colas que realizan los ciudadanos para obtener alimentos, a los sistemas de notas que otorgan permisos para asistir a un espectáculo, a los distintos recursos que utiliza el soviético para no ser escuchado a través de los micrófonos con los que se lo vigila, entre otras. Junto a estas descripciones introduce comentarios que claramente dan cuenta de su posicionamiento ideológico, contrario al comunismo soviético: “Para aquél que no aprecie por encima de todo la libertad y no quiera ser dueño de sus actos, el régimen comunista ha de ser soportable” (Bullrich, 1976, p. 123). La periodista se refiere a su situación de privilegio cuando, con motivo de la solicitud de permisos, señala: “supongo que todo esto es mucho más complicado para el ciudadano soviético o el turista corriente” (p. 123), y lo hace con el propósito de dejar en claro que buena parte de esa realidad asfixiante le resulta inaccesible, es decir, que habría más opresión de la que pueden captar sus ojos. De esta forma, vuelve a subrayar su posicionamiento ideológico y su sistema de valores.

La segunda problematización de su práctica periodística se encuentra mencionada tangencialmente en el primer artículo recogido en *El mundo que yo vi*, “Los fantasmas de Williamsburg”, y publicado en 1949, donde se relata una particular fiesta estadounidense en la que “todos los habitantes se visten como hace dos siglos y el tiempo parece haberse detenido” (Bullrich, 1980, p. 200). En esta crónica como ya mencionamos, el viaje es definido como huida, asimismo, se plantea el tema de volver al pasado, de viajar en el tiempo. En las crónicas de 1958, durante su viaje por Israel y Alemania, vuelve a plantear el tema del pasado que nos interesa particularmente porque, para la periodista, recordar lo experimentado y sufrido es uno de los ingredientes que, como veremos, define la función del intelectual. Pero antes de trazar estos rasgos, la autora presenta vacilaciones con respecto a cómo posicionarse en relación con el pasado vivido. A continuación, veremos el modo en que la experiencia viajera pone fin a las incertidumbres verbalizadas durante su viaje por Israel.

En “Israel, tierra predestinada” y “Las tierras de leyenda”, ambos fechados en 1958, Silvina reflexiona sobre qué postura deben asumir los países frente a su propio pasado histórico: ¿mirar o no mirar para atrás? El dilema se le presenta tras ver la descomunal estatua de sal que, según el relato bíblico, representa el castigo que Dios le imparte a la mujer de Lot por desobedecer, por volver la vista hacia la pecaminosa ciudad de Sodoma que estaba siendo destruida a sus espaldas por voluntad divina. Al respecto, Bullrich (1976) sostiene:

Una vez más pienso que me gusta el símbolo: castigar a aquellos que miran hacia atrás; sobre símbolos semejantes se forjan las personalidades fuertes y se edifican los nuevos mundos. El pueblo de Israel, tendido entero hacia adelante en un titánico esfuerzo de reconstrucción no corre el peligro de sufrir el castigo de la mujer de Lot. (p. 37)

Sin embargo, después de sumergirse en el Mar Muerto y salir “convertida en estatua de sal” (p. 37) considera que es muy difícil “no mirar hacia atrás” (p. 37). Los dilemas relativos al posicionamiento frente al pasado y al grado de subjetividad desplegado para narrar sus crónicas de viaje se resuelven cuando “descubre”, durante su recorrido por la Alemania de la postguerra, cuál es la función del intelectual.

Otra de sus crónicas de 1958, “Alrededor de un viaje por Alemania”, se inicia con las razones que motivaron a la autora a visitar un país por el que nunca sintió deseos de conocer:

como en estos últimos años empezaron a zumbar sin descanso en nuestros oídos los himnos a la reconstrucción de Alemania, y como la vida me ha enseñado que sólo se pueden afirmar las cosas que se han presenciado con los propios ojos, un día cualquiera partí rumbo a Alemania. (Bullrich, 1976, p. 40)

En el texto citado se puede observar cómo, para la periodista, la experiencia visual del viaje valida el texto escrito, es decir, mediante el recurso de lo visto “con los propios ojos”, Silvina convierte su apreciación subjetiva en un escrito válido. Además, este dilema relativo al grado de objetividad con el cual narrar, así como aquel vinculado con el posicionamiento frente al pasado histórico, se resuelve tras definir la función del intelectual, papel en el que se autoconcibe. Silvina Bullrich (1976) esboza su definición del siguiente modo:

En el caso de Alemania se menciona incesantemente la fuerza de su reconstrucción, su poderío económico, su capacidad de trabajo. Los intelectuales, menos olvidadizos

que los hombres de negocios, no escriben sin embargo libros alegres, ni muestran en sus películas la tan mentada prosperidad; quizá como disponen de ratos de ocio pueden alejarse de los pujantes barrios industriales que ciñen a Düsseldorf como una corona de acero, y de las calles opulentamente iluminadas de Berlín Oeste, para perderse, con el corazón lleno de lágrimas, en medio de las ruinas patéticas, cuyo silencio es más elocuente que el bullicio de los altos hornos. (p. 39)

La autora señala que, a diferencia de algunos seres humanos que en Alemania sólo ven la luz, su retina sólo ve sombras y ruinas. Más tarde agrega: “por más que el escritor quiera alejarse de la realidad cotidiana y recordar que en un tiempo sólo quiso ser poeta, nadie puede limitarse a describir en la actualidad las bellezas naturales de los países que atraviesa” (Bullrich, 1976, p. 40). Luego de narrar su experiencia en la zona rusa de la ciudad de Berlín, donde el racionamiento de alimentos le hace pensar que la guerra no ha terminado, la periodista realiza la siguiente afirmación en la que se autoconcibe como intelectual:

Pienso que, de todos los sentimientos, el olvido es el más mezquino y que hay que tener siempre el valor de recordar.

» Que hablen otros de Hamburgo y de Düsseldorf, que canten sus fábricas, sus bancos llenos de la moneda más fuerte del mundo, sus casas nuevas y monótonas, su pujanza, su admirable valor para reconstruir y renacer. (Bullrich, 1976, p. 44)

En Alemania, Bullrich (1976) señala que si bien las casas nuevas son todas iguales, nunca ha visto “una ruina que se parezca a otra” (p. 41). Pese a esta observación en la cual reafirma su postura de no olvidar, cabe señalar que, particularmente, Silvina en Alemania no hace referencia explícita ni a personalidades históricas ni a sucesos específicos, es decir, no verbaliza qué es lo que no se debe olvidar. Pese a esto, en las crónicas sobre Israel, Silvina realiza comentarios más comprometidos ya que habla de dos millones de judíos que quieren probarle al mundo “que han sido perseguidos injustamente” (p. 34) y, también, de un pueblo “quizá ya salvado para siempre del horror incomprensible de las persecuciones raciales” (p. 38).

Una viajera de su propia patria

Viajar le permite a Bullrich (1976) virginizar su mirada, ver a su país, la Argentina, con ojos nuevos: “Nada enseña tanto sobre un país como el primer contacto

[...] después de una larga ausencia” (p. 73). A través de este recurso de la virginización de la mirada que le otorga el volver de un largo viaje por Europa, la escritora realiza en 1959 una crónica sobre su país titulada “Elogio y dolor de la Argentina”, en la cual critica aspectos socioeconómicos del gobierno de Arturo Frondizi.⁷ No duda en indicar que la idea acerca de la existencia de trabajo es un lugar común que es necesario problematizar:

oímos sin cesar que aquí hay trabajo para todo el mundo, que el que no trabaja es porque no quiere, que faltan brazos para la cosecha, que vayan a hombrar bolsas al puerto y, últimamente, se ha agregado a esos “slogans” el de recomendar a los jóvenes que se vayan a Puerto Madryn o a Comodoro Rivadavia, [...] [sin embargo,] en la Argentina no hay trabajo [...] no hay una Bolsa de Trabajo como en los demás países civilizados. (Bullrich, 1976, p. 73)

Con respecto a la falta de trabajo, Bullrich señala sus propias limitaciones sobre el tema: “no me refiero aquí, naturalmente, al problema obrero, que conozco mal, ni al del hombre de campo” (p. 76). Silvina apunta específicamente a cierto sector de la clase media, a “aquellos que trabajan con su cerebro” (p. 77). Para realizar su crítica recurre a su experiencia viajera, a sus conocimientos sobre cómo se procede en los “países civilizados”. Los diarios franceses, por ejemplo, publican un rubro destinado a conseguir empleo para los estudiantes. Por otra parte, en Norteamérica, segundo caso que menciona, quienes estudian realizan diferentes empleos de medio tiempo –reparten diarios, leche, lavan vajilla, entre otras actividades–, “sin sentirse avergonzados por ello” (p. 75).

Silvina arremete contra lo que considera “la más imperdonable de las injusticias”, el lugar común que presenta al argentino como alguien que “no quiere trabajar” (Bullrich, 1976, p. 76). La periodista observa que quienes apuestan al trabajo intelectual no son cuidados en el país: primero, porque durante el proceso de estudio no se les brindan oportunidades laborales; segundo, porque quienes apuestan al arte o al intelecto deben emigrar a otros países para obtener trabajo y/o reconocimiento; y, tercero, porque no importa cuán duro se trabaje, solo consiguen buenos empleos quienes tienen cuñas:

esa necesidad de “cuñas” [...] crea una sociedad humana en apariencia haragana e indolente. La lucha es demasiado dura, los resultados suelen ser injustos [...]. El mar

⁷ En *Mis memorias*, señala que ella había votado a Balbín.

viene, deshace el castillo de arena laboriosamente elaborado y el hombre se cansa de rehacerlo cada mañana: es más práctico buscar una “cuña”. (Bullrich, 1976, p. 77)

En este artículo, con el cual damos por terminada esta incursión en las crónicas viajeras de Bullrich de la década de los cincuenta y principios de los sesenta, la periodista se presenta explícitamente como una intelectual:

los que trabajamos sabemos que actualmente llevamos a la Argentina adentro como una herida, que mientras *por nuestras condiciones intelectuales* nos han invitado a recorrer los países del mundo, *nadie nos ha facilitado* la manera de conocer nuestras provincias. (Bullrich, 1976, p. 78. La cursiva es nuestra)

Sin embargo, pese a este reclamo, cuando en 1980 publica sus memorias, la escritora reconoce: “[el] lector argentino [...] es mi lector” (Bullrich, 1980, p. 387). Si bien su novelística sobrepasó las fronteras nacionales al haber sido traducida y pese al sentimiento de desarraigo que inicialmente le ocasionó la educación francesa recibida, al final de su carrera Silvina Bullrich reconoce que su lugar, como escritora y periodista, se encuentra en la Argentina. Y la razón de encontrar ese lugar de pertenencia se debe al idioma:

Aquí tengo una posición en las letras y en la sociedad, lectores que me quieren a menudo con expresiones excesivas de afecto; un escritor no tiene como un músico, un pintor o un escultor un lenguaje universal, yo necesito vivir donde se hable español, pero nuestro español, nuestros modismos forman parte de mis libros [...] aquí soy la voz de muchas mujeres, de una generación. (Bullrich, 1980, p. 377)

Conclusión

A lo largo de este trabajo hemos visto cómo, en *Mis memorias* (1980), la escritora argentina Silvina Bullrich particulariza la función de los viajes en su contexto vivencial. Haciendo uso de una serie de estrategias discursivas, entendidas en este trabajo bajo el concepto de “retórica de la memoria” (Giordano, 2006, p. 44), la autora construye el perfil de una mujer que se ha hecho a sí misma, que ha abonado el terreno de la profesionalización del escritor y que, en esa constitución como escritora-periodista profesional, los “viajes” tuvieron una importancia capital ya que compensaron la deficiente educación recibida.

En este análisis de las crónicas de *El mundo que yo vi* (1976), se muestra la forma en que el descubrimiento de la función social del intelectual le permite a la

escritora-periodista resolver los dilemas que se le presentaron al momento de escribir crónicas de viajes: ¿narrar la atmósfera general de lo visto o escribir en detalle?; ¿dar su opinión o callarla?; ¿cómo posicionarse frente al pasado? Como hemos visto y demostrado, Silvina Bullrich emitirá su opinión y fundamentará sus apreciaciones remitiendo a su experiencia viajera. Del mismo modo, la escritora argentina se posicionará frente al pasado, transformándose en una suerte de “estatua de sal” que se atreve a observar incluso aquello que causa dolor.

Para finalizar, se puede mencionar que Silvina Bullrich, sirviéndose del “pacto autobiográfico” que ofrece el género memoria (Lejeune, 1991), reflexiona sobre su propia experiencia e identifica cada uno de los obstáculos que debió enfrentar por el solo hecho de ser mujer. Debido a esta particularidad, se puede concluir que *Mis memorias* (1980) es un texto que responde desfasadamente al eslogan de “lo privado es político”, característico de la segunda ola del feminismo, consigna que implícitamente había sido presentada a sociedad argentina, en 1970, cuando Victoria Ocampo publica *La Mujer* (Diz, 2019b, p. 277). Si bien es posible identificar contradicciones sobre la mujer en el discurso de Bullrich, como la que se da cuando generaliza a partir de la pareja Beauvoir/Sartre que “la inteligencia del hombre destiñe sobre la mujer mucho más que la inteligencia de la mujer sobre el hombre” (Bullrich, 1980, p. 381), es necesario subrayar el carácter perseverante de esta autora que triunfó comercialmente, pese a las dificultades del contexto de producción. Silvina tomó decisiones difíciles, cuando no inusuales, para poder realizarse como escritora profesional en una cultura cerrada y patriarcal. Estas elecciones la perfilan como una *self-made woman*, una arquitecta de su propio destino, capaz de enfrentar las adversidades impuestas por su clase social y por su género.

Referencias bibliográficas:

- Bullrich, S. (1976). *El mundo que yo vi*. Buenos Aires: Emecé.
- _____. (1980). *Mis memorias*. Buenos Aires: Emecé.
- Castellanos Llanos, G. (2006). “Sexo, género y feminismo: Tres categorías en pugna”. *Neterói*, 8(1), pp. 223-251. Recuperado de <https://periodicos.uff.br/revistagenero/article/view/30966/18055>
- Diz, T. (2018). “Lectoras y escritoras en *Grillo de papel* (1959-60) y *El escarabajo de oro* (1961-9)”. *Zona franca. Revista del Centro de estudios interdisciplinario sobre las mujeres, y de la Maestría poder y sociedad desde la problemática de Género*, 26, pp. 80-106. Recuperado de <https://zonafranca.unr.edu.ar/index.php/ZonaFranca/article/view/72>

- _____. (2019a). “Lecturas feministas y escritoras en los 70. Una aproximación a “la mujer” (*Sur*, 1971), *Somos* (1973-6) y *Persona* (1974-5)”. *História: Questões & Debates*, 67(1), pp. 87-110. Recuperado de <https://revistas.ufpr.br/historia/article/view/63997>
- _____. (2019b). “Lo viejo y lo nuevo que trae el feminismo en *La Mujer* (*Sur*, 1970-1)”. *Feminismols* 34, pp. 265-287. Recuperado de <https://feminismos.ua.es/article/view/2019-n34-lo-viejo-y-lo-nuevo-que-trae-el-feminismo-en-la-mujer-sur-1970-1/pdf>
- Lejeune, P. (1991). “El pacto autobiográfico”. *Anthropos*, 9. Barcelona: Editorial Anthropos.
- Giordano, A. (2006). *Una posibilidad de vida. Escrituras íntimas*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Millett, K. (1995). *Política sexual*. Madrid: Cátedra.
- Mucci, C. (2015). *La gran burguesa. Una biografía de la escritora Silvina Bullrich*. Edición e-book. Recuperado de <http://www.cristinamucci.com.ar/descargas/La-Gran-Burguesa-E-Book-Revisado.pdf>